



!!!!, jmvnoos in Paris

De migraciones y homosexualidades latinoamericanas. Viaje, pérdida e imperceptibilidad en las novelas *Los caminos a Roma* y *Años de indulgencia* de Fernando Vallejo

DIEGO FALCONÍ TRAVÉZ

Universidad Andina Simón Bolívar, Ecuador

RESUMEN: Este artículo busca examinar la migración internacional de ciertas subjetividades marcadas por el género. En específico se centra en los (invisibles) desplazamientos de sujetos homosexuales de la zona andina a ciertos países del primer mundo, a finales del siglo pasado, de la mano de dos novelas, *Los caminos a Roma* y *Años de indulgencia* de Fernando Vallejo. Interesa analizar cómo la narrativa auto-ficcional del autor colombiano, a través de su personaje Fernando y los espacios de Roma y Nueva York, usa un nomadismo privilegiado (el viaje académico) para esconder las etiquetas de “migrante” y “gay” que él decide no usar para articular un yo autoficcional. Se toman como pivote los estudios literarios de género desde una mirada latinoamericanista para entender cómo ciertos discursos que categorizan al cuerpo interseccionalmente en el sistema capitalista permiten la construcción de subjetividades migratorias. Y también cómo la *difuminación* y la imperceptibilidad del sujeto migrante homosexual latinoamericano puede ser una de las posibles tácticas para lidiar con ciertos imperativos identitarios en el tráfico contemporáneo de subjetividades.

PALABRAS CLAVE: Migración, literatura gay, Fernando Vallejo, homoerotismo, rutas coloniales, *Queer*

ABSTRACT: This article seeks to examine certain gendered subjectivities affected by international immigration. Through two novels written by Colombian author Fernando Vallejo, *Los caminos a Roma* and *Años de indulgencia*, the analysis focuses on the (invisible) displacements –at the last decades of the past century– of homosexual subjects from the Andean region who moved to certain First World countries. The aim of this paper is to analyze Vallejo’s self-fictional narrative both in the character Fernando, as well as in the spaces of Rome and New York. By using the notion of a privileged nomadism (in this case, the academic journey), the author hides within his character labels such as “immigrant” and “gay”, because they don’t define his writing self. Using literary theory and guided by gender theories, this essay tries to understand how in the capitalistic system, certain discourses which categorize bodies intersectionally creating migratory identities are recycled. But also how the blurring and imperceptibility of a Latin American homosexual and immigrant subject is one of the possible tactics to deal with certain identity imperatives.

KEYWORDS: Immigration, Gay Literature, Fernando Vallejo, Homoeroticism, Colonial Routes, *Queer*

INTRODUCCIÓN

Una poderosa escena abre la novela *Los caminos a Roma* (1988) de Fernando Vallejo. Imbuido en el espacio del avión, el narrador autoficcional y *alter ego* del autor, Fernando, relata cómo en el trayecto de Medellín a Roma debió sentarse entre un hombre español y una joven colombiana:

No se conocían el español y mi paisana pero al punto se conocieron, y haciendo caso omiso de mi tímida y espiritual presencia entablaron animado diálogo. Que cómo te llamas, que adónde vas, que a qué vas. Y tú ídem, ídem. Ídem. Y yo enterándome, apretándome, estrechándome para no existir, testigo mudo (2004: 9).

En medio de esta peculiar situación se suscita una turbulencia, sirven la cena y Fernando va al incómodo baño, cuestiones habituales en el viaje aéreo. Al regresar a su lugar Fernando encuentra que sus vecinos de asiento, ahora abrazados, lo habían relegado al puesto del pasillo. Poco después ocurre el epílogo de este episodio:

Los enamorados, quitaron las separaciones de los tres asientos y volviendo nuestros tres asientos cama, poquito a poco, con timidez primero, luego con confianza, se fueron extendiendo, explayando, apoyando sus cabezas rodantes sobre mis piernas, y frenética, incendiariamente se entregaron a lo suyo. Así pasé el resto de esa sacudida noche, sin poder dormir, divagando, pero ejerciendo de paso la máxima caridad del cristiano, que es servir de almohada (12).

Comenzar por esta cita en la que en un avión comercial, símbolo clave del viaje contemporáneo, el narrador intra-homodiegético sirve de invisible testigo del deseo heterosexual, me parece que es una buena forma de enunciar cómo para la narrativa de viajes el sujeto homosexual masculino (y, por tanto, varias de sus prácticas homoeróticas) ha sido excluido como motor de esa trama en la que el cambio de espacio es a la vez una evolución en el personaje. O quizá, y textos como *Diario de un ladrón* (1949) de Jean Genet pueden ser ejemplificantes al respecto. El viaje homo/marica/gay tiene itinerarios diferentes, a menudo escondidos y cifrados, respecto a la construcción erótica del deseo y de la identidad propia a partir de la alteridad que aún esperan ser estudiados y problematizados.

Dar cuenta de ciertas coincidencias con la narrativa de viajes *mainstream* así como evidenciar algunas particularidades inherentes en determinados escritos homoeróticos es parte del objetivo de este ensayo que desde la teoría de la literatura, la crítica poscolonial y los estudios de género analiza dos novelas: *Los caminos a Roma* (1988) y *Años de indulgencia* (1989), ambas pertenecientes al conjunto de cinco entregas *El río del tiempo*, en las que el autor colombiano propone una sexualidad compleja y en tránsito que busca dejar de ser un cojín, un apoyo subsidiario del relato heteronormado. La razón por la que escojo este *corpus* radica en que estas dos obras se centran en una suerte de migración idealizada para el sujeto latinoamericano. El protagonista en la primera novela se traslada a Roma y en la segunda a Nueva York, lugares históricos que deben su grandeza, en gran medida, a las migraciones que han llegado a sus territorios y que, en las últimas décadas, han sido destinos para millones de personas latinoamericanas que buscaban territorios donde pudiesen cubrir sus necesidades de mejor manera que en sus países de origen. Me interesa analizar cierta

particularidad del traslado corporal que ocurre con ciertos sujetos sexo-diversos que no encuentran en sus naciones un lugar donde desarrollar su sexualidad con libertad y que eligen países del primer mundo como opciones para resituar su vida, cuestión que aparece de modo ejemplar en las novelas de Vallejo.

ESCONDER EL PROPIO VIAJE: DE RUTAS IMPERIALES, PRIVILEGIOS Y CONTAMINACIONES TEXTUALES EN *LOS CAMINOS VAN A ROMA*

En el estudio de los desplazamientos internacionales, la retórica migratoria, articulada desde los trayectos marcados por el éxito del capitalismo (neo)colonial en el primer mundo, pocas veces ha problematizado cómo esas rutas y raíces (Clifford, 1977) tienen motivos y consecuencias cruzados por la subjetividad sexo-genérica. Al menos desde la academia andina, de donde surge este artículo, cuestiones como la violencia, el narcotráfico, las crisis económicas o las redes migratorias que han sido causa del estudio de la migración internacional de las últimas décadas, pocas veces han tenido una articulación desde el género, en especial con aquel ligado a la diversidad sexual, el cual no ha sido parte de la retórica nacional y regional de los desplazamientos de los cuerpos nacionales hacia sitios de mayor riqueza económica (cfr. Herrera, 2005; González Gil, 2009; Camacho y Hernández, 2009; Paerregaard, 2010).

Sin desconocer esas rutas de carácter imperial y esas raíces nacionales que buscan resistirlo (ambas consecuencia del pasado colonial sufrido por las tres cuartas partes del planeta, que delimitan buena parte de la experiencia del desplazamiento) es importante, tal y como menciona Sandro Mezzandra, reclamar cierto nivel de autonomía y subjetividad que empiece a cuestionar la “política de la movilidad” a partir de una

[...] mirada diferente. Esto significa que hay que observar los movimientos y conflictos migratorios desde una perspectiva que priorice las prácticas subjetivas, los deseos, las expectativas y los comportamientos de los propios migrantes. Esto no implica adoptar una concepción romántica de la migración [...]. Dentro de la migración, considerada como un movimiento social, se incorporan nuevos dispositivos de dominación y explotación, así como nuevas prácticas de libertad e igualdad [...], una perspectiva que enfatice la participación subjetiva dentro de las luchas y confrontaciones que constituyen materialmente el campo de esa política (Mezzandra, 2012: 160).

De hecho, pensar desde el género, en tanto categoría analítica y focalización ética-estética, permite problematizar el relato tradicional de la migración al incorporar diferentes formas de política y deseo que contaminan las narraciones erigidas como objetivas. Al analizar la propuesta filosófica de Rosi Braidotti de “subjetividad nómada”, por ejemplo, es justo subrayar cómo su feminismo le permite repensar la auto-

enunciación en el propio texto: “I chose to become a nomad, that is to say a subject in transit and yet sufficiently anchored to a historical position to accept responsibility and therefore make myself accountant to it” (1994: 11). Su posición de mujer que ha debido migrar la lleva a asumir que “words have a way of not standing still, of following their own paths [...]. The thinking speaking ‘I’ that signs this paper is neither the owner nor the queen of the complex network of meanings that constitute the text” (Braidotti, 9: 179). Es decir, asumir el lugar del nomadismo feminista de la identidad es tomar responsabilidad por un lenguaje heredado vuelto propio pero que, en su caso de migrante que asume el tránsito como *modus vivendi*, nunca es un lenguaje fijo sino que debe recomponerse de acuerdo a los diferentes estados del viaje. En esa contradicción presente en su/la escritura es posible dar cuenta de cómo ciertas narraciones (en especial aquellas articuladas auto-biográfica o auto-ficcionalmente, el “I” que la autora menciona) resignifican el relato migratorio tradicional.

En el análisis latinoamericano de la migración internacional resulta sustancial constatar cómo los textos literarios autobiográficos/autoficcionales pueden servir como puente entre el análisis social de las migraciones y la construcción de un yo que busca escribirse para reclamar cierta autonomía en su travesía (Trigo, 2003; Falconí Trávez, 2014). Muchos de esos escritos literarios del yo tienen una marca de género (Calafell Obiol, 2011), lo cual demuestra ciertas imposiciones escriturales pero también deseos de transgresión de ciertas subjetividades que buscan nuevos modos de narración.

Esa revuelta del sentido, de un yo que no deja de moverse por un mundo poscolonial y que decide inscribirse de modo tan coherente como inestable en el texto, es parte del proyecto escritural de Vallejo que, en las antípodas del feminismo (de hecho su literatura puede ser con facilidad considerada como masculinista, afincada en el orden patriarcal), ancla su escritura autoficcional/autobiográfica en el deseo homoerótico. Esta cuestión, que reformula tanto la identidad homosexual como la identidad viajera, puede ser analizada desde los estudios gays y, acaso, la teoría *queer/cuir*. De todas formas, a partir de la escritura con marca de género (que Braidotti de alguna manera simboliza en la teoría) es factible pensar en cierto nomadismo identitario que para escribir lo sitúa el cuerpo como lugar de enunciación. Aunque en el caso de Vallejo ocurre, como veremos, sin una retórica que incorpore una ética desde los derechos humanos.

Dicho esto, ¿son todos los viajes iguales? O mejor aún, ¿valen lo mismo para entender las retóricas de la migración? ¿Dónde situar ciertas travesías que no se enmarcan dentro del viaje del “migrante tradicional”? ¿En dónde se debe ubicar a ciertos cuerpos migrantes que desdibujan el relato objetivo de la migración? Gilda Orellana, en un texto que teoriza la travesía desde la experiencia propia, señala lo siguiente: “las migraciones que comienzan con la excusa educativa nunca son solo eso, el aprendizaje que se busca no es así ingenuo, ni el motivo real de la movilidad está atravesado por las universidades” (2014: 45). Esta aseveración que revela el carácter de “pretexto” que puede tener el viaje académico hacia el primer mundo por parte de personas latinoamericanas “acomodadas”, resulta importante al momento de entender el viaje

de Fernando en la novela *Los caminos a Roma*. A continuación, el fragmento de su relato de llegada a Roma con el que inicia la novela: “Amigo, todos los caminos llegan a Roma. Así ha sido siempre y así siempre será. Por algo es la capital del Imperio. Quien vive en Biblios, en Treveris, en Hispania, Lusitania, Germania, Medellín o Envigado esta fregado: vive en la periferia. Y yo nací para brillar en el mero centro” (Vallejo, 2004: 7).

Es necesario constatar que esos caminos imperiales y esas motivaciones del viaje desde la periferia del imperio crean (o quieren crear) una subjetividad latinoamericana que es heredera cultural de la civilización occidental. El viaje a un sitio desconocido puede crear incertidumbre pero en este caso el narrador/personaje demuestra una seguridad aplastante en su discurso sobre la travesía, como quien vuelve a casa. Un lugar de enunciación *latino* que intenta renunciar a la “barbarie”, simbolizada por la cultura nativa. Proyecto mestizo blanqueado de las élites nacionales recién independizadas de España que, a breves rasgos, buscaba subrayar cómo Latinoamérica era una sucursal europea en el “Nuevo Mundo”, aunque con cierta autonomía. En Vallejo esa subjetividad auto-ficcional, cuyo centro de la narración es, literalmente, el “yo”, busca construir un relato de éxito masculino en el que se evidencia una precaria genealogía –pero genealogía al fin– con la antigua Roma. Incluso en el tema de género, focalizando desde el feminismo, se podría afirmar que a lo largo de la novela Fernando (el personaje) quiere dejar intactos ciertos paradigmas patriarcales tradicionales. Por ejemplo, el de la persona jurídica romana, ya que su prosa masculinista desprecia a todas las mujeres (excepto a su abuela) y pareciera que anhela que la mujer continúe siendo un *alieni iuris*, un sujeto semi-capaz dependiente del *paterfamilias*, del hombre. La primera palabra del fragmento (y de la novela) define de alguna manera al narratorio del texto. El “amigo,” revela así, la construcción identitaria patriarcal del narrador que se liga de múltiples formas al antiguo imaginario romano.

No obstante, la llegada de Fernando a Italia –de acuerdo con sus palabras: “a la mitad entonces de mi vida” (Vallejo, 2004: 103), refleja una migración adulta– recuerda que ciertas herencias son más imaginadas que reales:

No llegué, sin embargo, en el carro de la guerra, cónsul yo [...] ni llegué por el viejo Tíber desde el mar Tirreno en trirreme, en alegre barcaza impulsada por cien remeros egipcios [...] Ni por la Via Appia bajo un arco de triunfo [...] ni entré por la muralla Aurelia, por la Porta Pia [...] llegué en un mísero avión de Alitalia que aterrizó, sin contratiempos en el aeropuerto de Fiumicino. El cónsul de Colombia, Gonzalo Bula, vino con su ancha sonrisa a recibirme:

–¿Y por qué te dio por venirte a estudiar cine? –me preguntó.

–Hombre –le contesté–, porque la literatura al lado de la imagen vale un carajo (Vallejo, 2004: 7-8).

Se evidencia a través de esta irónica narración que el recorrido de Fernando es contradictorio y viene marcado por deseos de masculinidad heroica, pero por una realidad marcada por flujos de clase, etnia o colonialidad que deben ser pensados interseccionalmente. En este sentido, es sustancial dar cuenta de cómo a pesar de pretender insertarse a sí mismo como un héroe dentro de una posible narración épica de la historia romana (y por tanto Occidental), Fernando termina siendo un inmigrante colombiano, inscrito en la retórica contemporánea del viaje de la clase media. Aunque, y esto es recurrente en su narrativa, con un privilegio económico y social proveniente del lugar que él ocupa en su estado nacional: Colombia. Por ello se enuncia a la autoridad consular (personaje que toma como referente al ex-embajador colombiano ante la FAO en Italia, Gonzalo Bula), como uno de sus interlocutores, para marcar un lugar intermedio y ambiguo de articulación personal. Así los deseos personales no pueden vencer del todo la historia marcada por imaginarios que diferencian unos sujetos de otros aunque, por otro lado, revelan estrategias discursivas de transculturación textual.

Ese viaje intelectual (motivado por el cine pero que termina evidenciándose gracias a la literatura)¹ que parecería ser bastante cómodo por la construcción del “migrante académico” del personaje, sin embargo, esconde una terrible incomodidad respecto al país de origen (en ocasiones también por el de llegada), por ciertos motivos que no quedan del todo claros a primera vista.

El “odio” por la patria se debe, en gran medida, a la corrupción, a la violencia, a la falta de racionalidad, narrativas que marcaron las dos últimas décadas del pasado milenio en Colombia y que podrían enmarcar muchas otras historias migratorias de esa nación. En una de las escenas más significativas Fernando narra: “Entonces corrí al Hotel del Sol a destruir el pasaporte. ¿Pasaporte de Colombia? ¿Colombia? ¿Quién es? No la conozco y la taché. ¿Nombre y apellido? Ninguno, y los taché. Padres: ninguno; edad: ninguna; ocupación: ninguna; sexo: ninguna” (Vallejo, 2004: 100). El pasaporte, símbolo de la identidad personal para el tránsito de países, es mutilado en la novela por Vallejo, con la pretensión de que su yo literario se quede en un limbo apátrida, el cual niega su pasado, aunque de manera temporal, sí, pues poco más tarde Fernando, resignado, vuelve al consulado para pedir un nuevo documento. En uno de los episodios clímax de la novela, Vallejo descubre algo que lo perturba: “¡Colombia! Llevaba meses dizque viviendo en Roma y ni un solo instante había dejado de vivir en ella, en sus cafés, en sus cines, en sus ríos, en su fracaso, en su esplendor, en su miseria, Colombia... Se había venido conmigo sin saberlo; ahora ya lo sabía y que adondequiera que fuera vendría siguiéndome” (111).

¹Se refiere a su viaje académico como estudiante de cine, el cual se describe en la novela a la par que crea vínculos hipotextuales con sus películas *Crónica Roja* y *En la tormenta* dirigidas años antes de la escritura de *Los caminos a Roma*.

Se repite así una de las máximas de los textos de viaje desde *La Odisea*: que la salida, el tránsito y el regreso están entrelazados de manera irremediable. Por ello el viaje siempre será un regreso imposible al lugar (y al tiempo) de partida.

Hay momentos en los que Fernando defiende cierta transgresión hacia el primer mundo que le permite reencontrarse con Colombia y consigo mismo. A través de una tímida retórica anticolonial, en especial en el terreno de la lengua, se reivindica el origen. Por ejemplo, el personaje aprueba, en contra de lo que podrían decir ciertos imaginarios gramáticos españoles (según él, herederos de los franceses) que se use la palabra “hubieron” en la oración “hubieron fiestas en Manizales y muchos muertos” pues ese uso del impersonal, según el narrador, “será impersonal para usted, para mí no y digo como se me antoje” (63). De este modo, se exagera ese deseo individual y colectivo de encontrar en la periferia ciertos valores identitarios y, por tanto, se procesa a través de un lenguaje lúdico el odio a la cultura que lo obligó a trasladarse.

No obstante, y en consonancia con lo dicho antes, surgen preguntas radicales para entender la movilidad del personaje intra-homodiegético: ¿por qué, Fernando, desde su privilegio académico (que, como se ha visto, nunca es sólo académico ni tampoco es únicamente privilegio), sale de Colombia? ¿Qué lugar tiene el deseo sexual en relación con esas rutas de etnia y clase? ¿Por qué al destruir el pasaporte niega el sexo tan presente en su narrativa? ¿Qué le otorga Roma, y otras ciudades de Italia y España, que son parte de sus viajes, que Medellín no le pueda dar? ¿Cómo reevalúa a la sexualidad colombiana desde Europa? En la novela aparece una clave respecto a estas cuestiones a través de dos escenas diferentes pero de algún modo conectadas. La primera escena relata lo siguiente:

Ese día amaneció la plaza de España florecida de flores y muchachos, porque iba a conocerla. De flores y muchachos: golfos, chulos o marquetas o como los quiera usted llamar. Para mí simplemente muchachos. ¡Ragazzi! Y se venden tanto mejor, son comprables, y prueba contundente, si no de la providencia de Dios, del glorioso poder del dinero. ¡Ragazzi! Entre las vanidosas flores de perfumes rojos, lilas, violetas, amarillos, azules, la más arrogante y efímera, la flor perversa de la juventud (19).

La pederastia y la prostitución, dos *leit motifs* en la narrativa de Vallejo, aparecen en esta escena. El espacio de postal turística, la plaza de España, símbolo de la superficialidad repetitiva del viaje y del souvenir que permite raspar parte de la grandeza histórica, es también el enclave donde los cuerpos se encuentran y generan significado, al tener de por medio el deseo que se nutre del dinero, como símbolo del poder del omnipresente capital que vigila todas las relaciones. En la escena descrita puede percibirse cómo el joven es el cuerpo que se desea, que se imagina, que se maximiza. Un joven que en lo narrativo se caracteriza como bello; joven del Viejo Mundo convertido en metáfora del arte y del continente europeos, “superior” estética

y culturalmente al continente (y al joven) latinoamericano más mezclado, despreciado, por parte del autor/narrador/personaje, por su mestizaje indígena y afrodescendiente, como se verá más adelante.

En la novela, y en contraposición a este primer episodio, hay una sola escena en la que se puede hablar de un encuentro erótico de Fernando que no termina en sexo. Ocurre en un tren que iba de España a Italia. En el vagón solo iban Fernando y un joven italiano de 16 años, llamado Mario, estudiante del Liceo de Barcelona y que es descrito como el hombre más bello de la narrativa vallejana, el Antinoo del relato en referencia: “ninguno como él, ni antes ni después” (92). En el solitario espacio del tren, Fernando, prendado por la belleza y candor del chico, le habla con libertad de ciertos temas que no compartía con nadie: los “muchachos”, Medellín, el cine, ciertas frustraciones personales. Por su parte, a lo largo de la conversación el joven se ríe y coquetea con Fernando, lo escucha y al mismo tiempo lo *exotiza* (cosa que el protagonista celebra). Al final de la escena el chico baja en la estación de Limone, para nunca más volver a ver a Fernando.

Ese cuerpo de joven europeo, en la primera escena, está feminizado bajo una retórica patriarcal que lo equipara a la “flor perversa” (un imaginario bastante similar al de la mujer fatal decimonónica) y convertido en mercancía del cuerpo adulto. Esta concepción se contrapone a ese segundo cuerpo (europeo y joven también) que no entra en la relación comercial como modo de obligación del encuentro erótico. Así, ambos episodios subrayan una contradictoria relación entre ese joven mediterráneo del primer mundo y el hombre tercermundista (de la clase alta) del trópico andino en la que pueden analizarse dos hipótesis. La primera hipótesis, que universaliza el deseo gay, propone que el encuentro de cuerpos masculinos diversos se equipara en el terreno homoerótico; es decir, al ser todos hombres que desean a otros hombres todos son iguales. La segunda hipótesis es que ese encuentro en realidad puede ser igualitario sólo en un terreno capitalista, donde el dinero está de por medio, pues ahí se logra esconder las diferencias humanas bajo la matriz de consumo; es decir, que cada cuerpo con sus diferencias de clase, procedencia, etnia y edad, las cuales coexisten interseccionalmente y distancian un cuerpo de otro, debe ver su lugar en el sistema y pagar para ser igual al cuerpo modélico (joven, europeo, clase media, etc.). En este caso, uno más pudiente y más blanqueado en el terreno de la etnia y la cultura, debe pagar por un cuerpo joven, europeo, floreciente más deseado en la economía del mercado sexual. Parece ser, en consecuencia, que la segunda hipótesis es la que explica cómo la subjetividad privilegiada de Fernando debe usar las herramientas proporcionadas por el capitalismo poscolonial para igualar esas subjetividades desiguales y jerarquizadas de manera ideológica, es la que revela ciertas cartografías del viaje homoerótico desde América Latina.

De esta forma, parece ser que ese desprecio (y esa sutil reivindicación) por Colombia es, de algún modo, un auto-desprecio por ese encuentro desigual que se evidencia en el terreno de lo sexual y obliga a que ciertos sujetos, por su composición identitaria, deban pagar por el cuerpo deseado.

Así, la discriminación que se da en Colombia hacia las personas homodeseantes (al considerar, pese a todo, que en ese país desde los años 80 y a diferencia del resto de la zona andina no penalizaba los actos homosexuales, pero aún así no daba ni da subjetividad plena e igualdad de derechos a las personas sexo-diversas), en la narrativa de Vallejo debe traducirse en la imposibilidad de tener una vida plena (por la múltiple violencia, inclusive homofóbica, de los años 80 y 90) pero sobre todo en la “falta de liquidez” al momento de comerciar con el cuerpo gay joven y con características de belleza “clásica”. De hecho, en otra de sus novelas, *La virgen de los sicarios* (1994), posterior a *El río del tiempo*, en la que Fernando regresa a Colombia finalmente y encuentra el deseo en un joven prostituto y sicario, la tragedia que le impide seguir consumiendo (y amando) a ese y otros cuerpos jóvenes colombianos (también descritos desde la belleza, pero una belleza “distinta”, más mestiza y con cierta estetización del cuerpo masculino marginal), es la violencia estructural que frena el comercio corporal. No es, por tanto, la condición más vulnerable del sujeto joven en el mercado lo que preocupa a Fernando. Tampoco el estatus homosexual de su propia subjetividad más proclive a la discriminación. Lo que le impide ser feliz en su tierra natal es la imposibilidad de que el cuerpo pueda ser parte de una transacción “civilizada” que a él lo restituya como *paterfamilias*, sujeto occidental que es propietario de ese cuerpo. Esta violencia estructural del capitalismo que el personaje mestizo de la clase alta carga consigo y es, al menos, unos de sus motivos para migrar, permite ver las complejas asimetrías de origen.

Por otro lado, Fernando, una vez que ha migrado a Italia y viaja a otros espacios como España, Francia e Inglaterra, ve cómo la discriminación no se extingue sino que se recicla, pues a pesar de estar dentro de un circuito gay más permisivo y de asumirse como un sujeto pleno, no puede (y no quiere) escapar a ese modo de relación de compra-venta, en el que tampoco puede igualarse a los demás cuerpos que desea. Así, reencontrarse con Italia (y en menor medida España) le permite a Fernando entender la propia desigualdad que él, desde sus privilegios, vive en Colombia y fuera de ella. Una desigualdad que en la novelística de Vallejo se concreta por el deseo de encontrar el amor en el joven (de preferencia europeo, por necesidad colombiano) y la imposibilidad de que no sea a través de la ruta económica. Es así como el nomadismo de Fernando se explicita pues va de país en país, de ciudad en ciudad, de cuerpo en cuerpo buscando encontrarse a sí mismo. Cuestión dramática en novelas como *La rambla paralela* (2002), en la que este cliché del propio encuentro se materializa, pues mientras camina por la rambla barcelonesa, en una escena de carácter fantástico, el maduro Vallejo se encuentra con el joven Vallejo e intenta ligárselo. Pero el joven termina rechazándolo por “viejo”. Un nuevo escondite que revela la continuación jerárquica poscolonial de cuerpos y subjetividades.

Ahora bien, desde ciertos lugares del feminismo “se ha criticado a Braidotti por la impostación elitista propia de la figuración nómada: esta transgresora de fronteras de lujo tiene múltiples pasaportes. Su transgresión no se la puede permitir la emigrante *sin papeles*” (Amorós, 2004: 68). En efecto, la propuesta

nómada, que se enunciaba desde ese yo escritural por parte de Braidotti, no puede ser un concepto universal aplicado a todas las personas con marca de género que migran de modo espacial e identitario. Al reconocer que el viaje privilegiado y académico tiene una serie de simulacros, más que deslegitimar esa migración por no ser la migración que tradicionalmente se ha retratado en la zona andina y en específico en Colombia, se vuelve a la idea de Mezzandra en la que cada cuerpo demanda miradas diferentes para entender las complejidades de su viaje y las falencias al momento de atender a ciertas discriminaciones que son subestimadas.

En el caso de Vallejo, la desigualdad que se palpa en su travesía ya no solo proviene desde la clase, la etnia o la edad sino también desde la sexualidad y sus diversos avatares que se trasladan y problematizan desde una matriz poscolonial. Antonio Cornejo Polar menciona, al respecto, que el sujeto escritural andino (y en buena medida latinoamericano) es “heterogéneamente contradictorio” debido a “la simultaneidad contradictoria de dos tiempos diversos, con sus racionalidades diferenciadas, en un solo sujeto” (1995: 17). No obstante, el teórico cuando analiza a estos sujetos andinos y latinoamericanos que migran reflexiona y agrega que

El discurso migrante es radicalmente descentrado, en cuanto se construye alrededor de ejes varios y asimétricos, de alguna manera incompatibles y contradictorios de un modo no dialéctico. Acoge no menos de dos experiencias de vida que la migración, contra lo que se supone en el uso de la categoría de mestizaje, y en cierto sentido en el del concepto de transculturación, no intenta sintetizar en un espacio de resolución armónica; imagino –al contrario– que el allí y el aquí, que son también el ayer y el hoy, refuerzan su aptitud enunciativa y pueden tramar narrativas bifrontes y –hasta si se quiere, exagerando las cosas– esquizofrénicas. Contra ciertas tendencias que quieren ver en la migración la celebración casi apoteósica de la desterritorialización [...] considero que el desplazamiento migratorio duplica (o más) el territorio del sujeto y le ofrece o lo condena a hablar desde más de un lugar (Cornejo Polar, 1996: 841).

De este modo, Fernando se corresponde con esa doble heterogeneidad contradictoria (en tanto que andino/latinoamericano y en tanto que sujeto migrante) a través de esa “condena” de tener que hablar desde dos lugares (y acaso dos registros). De allí que el pasaporte se rompa y tache y luego se vuelva a recuperar; que se aprecie la belleza europea por sobre “otras” pero se deba pagar caro, con dinero y con el cuerpo, por ella; que se cambie la imagen a la prosa pero se recurra al fin a la segunda; que se viva en Roma y se siga habitando Medellín. Ese descentramiento migrante y nómada es el que da un valor estético a su vida como personaje pero es también el que previene de una cuestión: el no confrontar las discriminaciones nacionales en razón de género impide suturar ciertas heridas y llevarlas, más que en la maleta, en el cuerpo. Por ello, el viaje académico revela ciertas carencias y discriminaciones que impiden ver los “verdaderos” motivos del desplazamiento. Es en ese simulacro, quizá un nuevo clóset, donde es posible analizar las complejidades del

tráfico identitario contemporáneo y las prioridades que la academia ha otorgado a ciertos desplazamientos por sobre otros. De ahí que el personaje Fernando sea tan visible como borroso.

AÑOS DE INDULGENCIA: RESIGNIFICAR EL ESPACIO Y LA ETIQUETA GAY

En *Años de indulgencia*, novela que ocurre en Nueva York, nunca aparece de modo explícito que el viaje del protagonista haya sido motivado por una búsqueda de libertad sexual. Aunque, otra vez, es la propia historia de la ciudad en relación con ciertos cuerpos –en este caso la Gran Manzana y sus hombres homodeseantes– un subtexto que delimita las acciones de libertad y opresión del personaje, en tanto espacio de “mejores” oportunidades (incluidas las sexuales) que el lugar natal.

Para entender esta cuestión que vincula al cuerpo anormal con ciertos espacios, una de las construcciones claves respecto a la sexualidad ocurre con la aparición de la subjetividad gay en las grandes ciudades estadounidenses. La identidad gay fue construida gracias al éxito del capitalismo, el cual dio condiciones materiales en Estados Unidos para que ciertos jóvenes pudiesen salir de sus hogares (familias nucleares basadas en el régimen heterosexual) para así construir espacios seguros que permitieran realizar un proyecto personal. Barrios como "Castro" en San Francisco o "The Village" en Nueva York fueron espacios de reinención subjetiva para personas sexualmente diversas. Estas condiciones materiales devenidas del capitalismo, sumadas a otras reivindicaciones de los movimientos de las libertades civiles de los años 60 del siglo pasado (feministas, movimientos panafricanistas, grupos decoloniales, entre otros) posibilitaron la emergencia de una identidad gay (D'Emilio, 1992: 12), que desde su propia definición (alegre o festivo, en inglés) buscó desplazar aquella categorización patologizante y delincuencia del “homosexual” o aquella peyorativa del “maricón” o de la “loca” en las grandes ciudades. En este sentido, debe entenderse a Nueva York como una Meca del “meco”. Un espacio atrayente para ciertos cuerpos que no se acoplaban a la economía heterosexista.

En este sentido, y siguiendo la cronología de los términos identitarios aplicados a los hombres que tienen sexo con hombres (pederasta, sodomita, homosexual, gay, *queer*) que no necesariamente se aplica en América Latina,² se puede pensar que Vallejo pertenece a la generación pre-gay, esa generación bisagra que se encontró en medio del discurso normalizador del homosexual y el de la reivindicación del gay, desde un lugar periférico que veía a ciertas ciudades como espacios de vivencia personal intensa y liberatoria y que,

² Estudios como el de María Amelia Viteri (2009) demuestra cómo los términos gay o *queer* no funcionan en poblaciones migrantes latinoamericanas, justamente porque no intersecta otras realidades de clase, etnia y origen nacional. Los términos propuestos y su cronología obedecen a conceptualizaciones gestadas en y para la Modernidad que pueden revisarse desde otras realidades nacionales y regionales.

sin embargo, no está desprovista de contradicciones devenidas de ciertas rutas coloniales que afectan al sujeto latinoamericano mestizo. ¿Cómo vivió el migrante tercermundista homosexual la llegada al espacio primermundista gay? ¿Se cumplió el sueño americano o fue una experiencia marcada por pesadillas neocoloniales? ¿Qué continuidades y discontinuidades identitarias se empacaron en la maleta?

En el caso de autores “maricas” o “locas” comprometidos con ciertas políticas de la diferencia (desde lo étnico, social y colonial) esa llegada a la meca gay permite interpelar la etiqueta y la práctica gay, inserta en esa masculinidad ligada al éxito capital. Es el caso de Pedro Lemebel, que se “loca-liza”, de acuerdo a la propuesta político-paródica de Marcia Ochoa, que teoriza su propia migración sexo-diversa (Ochoa, 2004), desde un lugar diferente. Lemebel, al igual que Vallejo (y que Ochoa), escribe en primera persona, aunque lo hace desde otro género narrativo, la crónica. En todo caso, así se relata su llegada a Nueva York, al espacio de Stonewall, símbolo de las reivindicaciones sexuales que aún marcan la pauta de la celebración actual de la diversidad sexual:

Cómo te van dar pelota si uno lleva esta cara chilena asombrada frente a este Olimpo de homosexuales potentes y bien comidos que te miran con asco, como diciéndote: te hacemos el favor de traerte, indiecita, a la catedral del orgullo gay. Y una anda tan despistada en estos escenarios del Gran Mundo, mirando las tiendas llenas de fetiches sadomasoquistas [...] Porque tal vez lo gay es blanco (Lemebel, 2000: 71).

Lemebel no duda en articular su diferencia en tanto sujeto interseccional (loca, chilena, media-mapuche, pobre) que no logra adecuarse a la definición gay. Tampoco Lemebel se articula como un sujeto *queer* que interpela la fijeza del término gay u homosexual, con certeza porque la palabra no puede traducirse en su realidad cultural. Su política se articula desde una mirada otra, cercana a la decolonialidad. ¿Cómo leer a Vallejo en tanto autor que escribió en la época de crítica al multiculturalismo? ¿Cómo deambulan sus personajes entre las etiquetas: homosexual, pre-gay, gay, marica? ¿Qué agentividad, si acaso, se le puede otorgar a su narrativa y autoría?

Para dar cuenta de esto me valgo de la narratología, en específico del análisis del espacio como elemento que se une al tiempo y a los personajes para definir las acciones que hacen que transcurra la historia. Y lo hago pensando en que el espacio, tal como menciona José Miguel Cortés, se basa en una arquitectura “como otro sistema de disciplina que ayuda a generar los procesos de normalización social” (2009: 48) aunque, completa el teórico, existen espacios “que se apropian de los códigos de la urbe para pervertirlos, unos espacios que se quieren situar entre el cuerpo y la tecnología con pretensiones sensuales” (49). Es decir, al vislumbrar al espacio como un lugar de disciplinamiento pero también, y en ocasiones de desfogue, del placer.

De este modo, en el gran espacio urbano, Nueva York y su arquitectura de megalópolis, existen micro-espacios resignificados que permiten entender la localización de los personajes del mundo narrativo de Vallejo, confrontados a la construcción regional y cultural del Norte.

Propongo en esta novela dos micro-espacios interesantes y contrapuestos que, a través de algunos de sus habitantes, dan cuenta de esa construcción del gay en el cuerpo del migrante latinoamericano. Los lugares referidos son “espacios gays” que posibilitan ese doble ejercicio de disfrute y jerarquización de cuerpos, sobre todo llegada la noche, tal y como menciona Fernando: “¡Ay, qué noches! ¡Qué noches, qué marineros, qué jaleo! Libres medio aturcidos, medio sonámbulos, al Bowery, al Greenwich Village, al Central Park. Y del Central Park a los muelles, de los muelles a los bares, de los bares a los baños turcos” (Vallejo, 2007: 35).

Justamente, el primer espacio que quiero analizar es el del baño turco: lugar fundamental de la construcción gay estadounidense (y mundial) por ser un centro de encuentro casual de tipo sexual y, en su momento, por ser el espacio que simbolizó el contagio del VIH/sida, cuestión que permitió el debate entre placer y disciplinamiento de la sexualidad. En *Años de indulgencia* una de las escenas más significativas del texto ocurre en el Continental Baths, un sauna que es a la vez una de las insignias culturales del movimiento gay neoyorkino. En este peculiar espacio se llevó a cabo buena parte de la socialización gay y de la liberación sexual/consumo sexual de cuerpos nacionales y extranjeros. Los saunas son, de esta forma, lugares históricos:

The bathhouses became a symbol of this sexual freedom as well as the center for gay men to meet. The bathhouses themselves even had their own distinct motifs, select clientele, entertainment, and reputation. Within the bathhouse, patrons could engage in anonymous sex in a variety of ways as well as meet other gay men. It was often one of the first places gay tourists visited (Doka, 1997: 102).

En un momento de la escena, Fernando y su amigo –pariente putativo– Salvador, ambos colombianos, salen de los vestidores al espacio del sauna, mostrando sus cuerpos *imperfectos*. Comenta Fernando al ver a su amigo:

¡Qué aparición! Salvador en pelotas, en su prístina forma: los ojos hundidos, los pelos parados, las piernas peludas, las cejas hirsutas, la barriga inflada, el colgajo triste, las nalgas éticas. Trae la dentadura postiza en la mano, su “caja de dientes”, y el dedo gordo del pie se le asoma por la abertura de la pantufla como la cabeza de una tortuga estúpida. [...] La risa que me acomete no tiene madre, no tiene nombre. Es un ataque que no puedo parar, que me va a matar. Y pienso seriamente que voy a morir. ¿Aquí? ¿En Nueva York? Ajá. Y con mi hermano. Revolcándonos por el piso, sujetándonos las barrigas se nos van a reventar las tripas. Su risa alimenta la mía, la mía la suya y no podemos parar. Nadie entiende nada. Miradas indignadas nos fulminan, una avalancha de silencioso reproche. ¿Y a estas cabras sueltas del trópico qué les pasó? Y

fulminándonos nos discriminan, nos descriminan [sic]. Con que descriminándonos [sic], ¿eh? ¿Exiliados de los exiliados, proscritos de los proscritos, parias de los parias? ¡A la mierda! ¡Vámonos Salvador de estos baños de mierda! (Vallejo, 2007: 66).

En esta escena hay una risa nerviosa generada por la diferencia de cuerpos en el uniformizante mundo gay, cual símbolo de una transgresión carnavalesca, al mejor estilo bajtiniano, donde por unos momentos el espacio oficial homoerótico estadounidense se desacraliza desde el cuerpo propio. En este sentido Robyn Lunghurst opina que el cuerpo, tradicionalmente escondido por la moral moderna, por los preceptos victorianos, debe hablar de adentro hacia fuera. Debe lanzar gases, carcajadas, lágrimas y eructos que sean escuchados al romper las normas tradicionales de buena conducta y de narración (Lunghurst, 2001: 7). Sin embargo, en el texto de Vallejo los cuerpos tradicionales disciplinan a los cuerpos sudamericanos que no pueden hacer un uso espontáneo y un habla desde adentro, por el contrario, deben someterse a la economía consumista y aséptica del deseo gay primermundista. Aquí (y con seguridad muy a su pesar) Fernando deja de ser un *viajero* y se convierte en un *migrante*, es decir, se hace evidente la desigualdad estructural que lo discrimina por su lugar de procedencia.

El cuerpo del hombre adulto, marcado por la vida errante pero también por el bagaje cultural del lugar de origen, por ejemplo la risa y el estruendo caribeños, parece no calzar bien en ese lugar en el que los cuerpos gays semi desnudos dan una ilusión de igualdad de condiciones. Fernando y Salvador tienen dinero y posición social, por lo que no son cuerpos de migrantes económicos, motivados a salir de su país por la precariedad adquisitiva de bienes. La edad tampoco parece ser la característica que determina la incomodidad, pues el sauna recibe a gente joven y mayor. Es de nuevo el origen nacional/regional el que marca la diferencia corporal y por tanto subjetiva. Marcharse del sauna, del lugar que podría haber roto las fronteras nacionales y reivindicado al cuerpo como pasaporte, simboliza el momento en el cual Fernando asume su lugar como migrante, su diferencia cultural que siempre se refleja en la piel: una herida colonial (Mignolo, 2014) que no puede ser cicatrizada sólo con el capital o la educación.

De este modo, el cómodo viaje de Vallejo por entre las retóricas migratorias tradicionales es también un incómodo tránsito en el que, como sucede con las reses, se marca en la carne una distinción mimética, en este caso de superioridad/inferioridad desde una matriz poscolonial que debe leerse en concordancia con la sexualidad. Aunque en lo narrativo, temático y biográfico Vallejo es un escritor muy distinto al chileno Pedro Lemebel resulta ser muy similar a éste en una cuestión, en el abandono de la etiqueta gay pues no otorga un lugar de protección sino de fastidio en el viaje personal y espacial. A veces el humor y a menudo la violencia permiten sobrevivir al mal sabor de los trayectos extendidos de la narrativa del escritor autoexiliado, del colombiano viajero, del Vallejo que es Fernando y del Fernando que es Vallejo quien, sin darse cuenta y sin quererlo, se convierte con el transcurso de sus novelas también en un migrante.

El segundo micro espacio que analizo para dar cuenta de la etiqueta gay es el parque, sitio de *cruising* (encuentros sexuales) que resignifica su carácter de lugar público desde el ejercicio homodeseante. En este caso el emblemático Central Park, el cual, a ciertas horas, se presenta como un lugar de desfogue y donde se juega con el ideal de la sexualidad como acto transgresor que debe ser prohibido por la ley (Bataille, 2010: 34). En este sentido, el narrador comenta la existencia de sonidos que alertan respecto al disciplinamiento de la ley sobre ciertos cuerpos transgresores del modelo más tradicional de sexualidad:

De súbito retumba un trote alucinante, irreal, un resonar de cascos de caballos, y a caballo irrumpe la gendarmería. Calzones se suben, braguetas se cierran y se dispersa en estampida la sodomita turba. ¿Y yo con quien me voy y tú con quien te vas? [...] La otra noche de este parque, de estas oscuridades, se sacaron mi ahijado y su hermano un negro (Vallejo, 2007: 36).

En este espacio público, por tanto accesible a una mayor diversidad de cuerpos que el sauna por su carácter gratuito, aparece la figura del sujeto afrodescendiente, imprescindible para entender la pirámide de subjetividades que se teje en torno al sujeto gay migrante del tercer mundo. Los cuatro homosexuales (Fernando, sus dos parientes putativos y el joven afro) son parte, de modo diferenciado, del acto sexual. “Llegamos, abrimos, pasamos, se acostaron: pusieron al negro en medio y empezó la función de cine mudo en blanco y negro. Mi invisible presencia se apartó a un rincón discreta. Doblaban al negro, giraban al negro, desdoblaban al negro” (37). En esta cita, otra vez aparece un personaje Fernando voyeur, testigo ya no del acto carnal heterosexual en un avión sino del acto carnal homosexual e interracial en un parque. Eso le sirve al narrador para reflexionar (seguir reflexionando, en realidad) de modo peyorativo sobre los negros. “De la negra cópula salen más negros, más holgazanes que a su vez proliferan. Todo lo empuecan: las calles, las casas, las escaleras. Alcahuetiados [*sic*] por el Partido Demócrata y el Social Security y la Constitución (tripleta de celestinas alcahuetas), nada se puede contra ellos” (32). Es el *African American*, el *nigger*, aquel sujeto politizado desde la reivindicación antiesclavista y pan-africanista, el que molesta a Fernando. Aunque pueda ser “placentero” para la mirada, en la estructura mental del personaje y narrador (proveniente de la clase pudiente colombiana), el afro-descendiente no es del todo sujeto disparando ideales de racismo poscolonial. Continúa Fernando: “El diablo los sacó de la noche africana y los mandó a esta ciudad [...]. Los negros, que en la noche no se ven, aquí andan sueltos. No es como en Colombia donde el negro está en su nicho ecológico, en su hábitat: en el pantano, en la laguna, con la marta, con el armadillo, con el tapir” (31-32). El joven negro es despreciado por salir de “su” lugar periférico y colonizado, por “contaminar” el deseo homoerótico que tiene un ideal de belleza greco-latino y una construcción del gay blanco, clase media y primermundista que, no obstante, tampoco recibe a Fernando por ser latinoamericano. Sus amigos gays colombianos (inmigrantes de la misma clase y la misma etnia mestizo-blanqueada que Fernando) beben aguardiente pues ellos dicen que “aquí [en New York] sabe mejor” y no beben whisky porque “es bebida de

negros” (50), aunque sí puedan utilizar a un joven afro en el parque como objeto sexual. Resulta irónico, además, que Fernando y su hermano putativo –que hace un máster en la Universidad de Columbia y es definido por el narrador como “blanco, educado, decente” (40)– en su realidad de inmigrantes precarios y “venidos a menos”, trabajen como conserjes de un edificio de puertorriqueños y afros, llamado Admiral Jet “limpiándoles a los negros la escalera” (40). De hecho, en aquel momento incómodo para la mayoría de latinos, cuando se llega al servicio de inmigración estadounidense, Fernando relata cómo estaba “en el fondo de un alto cubo de cristales ante un oficial negro de inmigración, y arriba en lo alto del alto cubo una multitud gesticulando, tratando de comunicarse a señas, golpeando tras los vidrios, con los recién llegados de abajo. Todo es grotesco y los negros altaneros” (48).

En su estudio sobre la migración peruana a Estados Unidos, Ernesto Vázquez del Águila revela cómo para los hombres mestizos “black people are subjects of desire, but are not considered a desirable possibility for building a family” (2014: 204) y aún así “these highly racialized representations of the US sexual market available to these migrants are never consistent or coherent” (206). Esa inconsistencia que, sin embargo, recicla idearios racistas aparece en Fernando, al subrayar ese lugar contradictorio y a menudo perturbador que Vallejo maneja en su narrativa.

Es, pues, el parque –lugar donde aparece el “negro marica”– el que ayuda a evidenciar cómo la categoría gay es insuficiente para definir las experiencias sexuales y otorgar una etiqueta unificadora para sujetos fragmentados por diferentes rasgos identitarios. En suma, el espacio que da cuenta de la pirámide corporal gay que dispara las múltiples discriminaciones subrayadas con el viaje al centro del capitalismo y que deben rearmarse para la supervivencia identitaria.

Fernando confiesa cuál es la Nueva York que él desea “¿La urbe del futuro, la megápolis? No. La ciudad del pasado. La de 1930, la de Doc Savage, el cual soy yo, el Hombre de Bronce volando sobre el Tiempo” (Vallejo, 2007: 46). Escoge la ciudad pasada porque tiene ese lugar privilegiado para el sujeto con el que se identifica él (blanco-mestizo, heredero legítimo de Europa, aunque los demás no lo vean así) pero también porque le permite conectar con su presente quebrado. En efecto, resulta fundamental constatar cómo la concepción de la subjetividad de Fernando tiene que ver directamente con el capital. Cuando él reflexiona sobre su arribo a la ciudad dice: “un solo recuerdo tengo más vívido (en estos lodazales del recuerdo) que esa llegada a Nueva York, y es muy anterior” (47). Se refiere a un día cuando era niño, estaba con dos de sus hermanos en Colombia y se escuchaba la radio de fondo, “pasando las cotizaciones de la bolsa de Medellín” (47). El día que llega a la Gran Manzana y lo recogen sus dos amigos de aventuras, Salvador y su hermano, lo dejan solo en un departamento con un radio viejo. Y allí, ese aparato, “tan tan viejo [...] empezó a agarrar las ondas del pasado y sintonizó la voz de Antioquia: justamente transmitiendo las cotizaciones de la Bolsa de Medellín” (50). Es notorio que sea la bolsa de valores y su lugar insigne en el capitalismo contemporáneo lo que une esos dos espacios, recuerda al lector que los complejos tránsitos de la

identidad gay están ligados de modo inefable al sistema económico y a la construcción de una masculinidad de consumo en la contradictoria América Latina. Nueva York y Medellín se unen en una extraña frecuencia, demostrando cómo los diálogos internacionales son tan inevitables como discontinuos al momento de la construcción contemporánea de la subjetividad sexual.

EL VIAJE IMPERCEPTIBLE: UNA POSIBLE CONCLUSIÓN

¿Cómo catalogar el viaje de Fernando en estas novelas? ¿Es posible hablar de algún tipo de ancla para un viajero tan contradictorio? ¿Qué rutas y qué raíces (pos)coloniales reaparecen con la narrativa de Vallejo? Para intentar esbozar una respuesta me centro en la escena inicial, en la cual las personas heterosexuales tenían sexo sobre Fernando, y en el episodio en el que el narrador/personaje mira como sus amigos lo practican con el sujeto afro sin que nadie se preocupe por su presencia como voyeur. Resulta complejo entender cómo un personaje que quiere ser el centro de la narrativa y se une constantemente al autor Vallejo para sobre-exponerse (por tanto, vuelve a contar de modo casi exhibicionista sus historias), sea también un personaje que decide ser discreto respecto a la homosexualidad y sus discriminaciones como causa inicial del viaje y motivo para seguir buscándose en otros espacios y personas. Esta suerte de esquizofrenia textual puede deberse a que el nomadismo (privilegiado) de Fernando lo obliga a usar, pero también a desconocer, las categorías de “migrante” y “gay” para darle coherencia y posibilidad activa a su propia travesía. Aunque también es un recuerdo de que ciertos motivos (y sujetos) migratorios han permanecido invisibles para las lecturas heterocentradas.

Precisamente, parecería que Fernando, al menos desde lo sexual, es un “migrante imperceptible”, concepto desarrollado por Dimitris Papadopoulos y Vassilis Tsianos. Esta invisibilidad demuestra un síntoma y un deseo: el nomadismo que no quiere llegar a ningún lugar sino transitar subjetivamente. “Instead of being perceptible, discernible and identifiable, current migration puts on the agenda a new form of politics and a new formation of active political subjects whose aim is not to find a different way to become or to be a political subject, but to refuse to become a subject at all” (Papadopoulos y Tsianos, 2007: 229).

La migración y la diversidad sexual se vuelven más fuertes cuando se hacen visibles, cuando se muestra su existencia. El proyecto de Vallejo, en cambio, consiste en difuminar la etiqueta migrante y la etiqueta gay/homosexual en su narrativa, de ahí que sus novelas se inscriban en una retórica desidentificatoria que encuentra cierta ancla política, cierta agentividad en el cuestionamiento del sujeto gay y migrante que no son modelos que puedan ajustarse enteramente a su deseo.

No obstante, la historia de discriminaciones y desigualdades generadas en la modernidad y repetidas en el presente impiden al personaje pasar de modo imperceptible, deshacer al sujeto sexo-viajante. Una maleta cargada de categorizaciones jerárquicas de clase, raza y colonialidad, que aparecen en el transcurso de la narración a través del encuentro con otros cuerpos, resalta el hecho de que no se puede repensar el sexo y el género si no es desde perspectivas interseccionales e históricas. Por ello, el deseo más la imposibilidad de ser un migrante imperceptible en la poética de Vallejo hacen que esta sea tan contradictoria y, en consecuencia, rica para el análisis.

Dicho esto, para entender la humanidad que refleja el personaje de Fernando (y de algún modo la autoría de Vallejo) es propicio constatar que su única brújula (que casi siempre busca el norte pero que en ocasiones se desvía hacia el sur) es la heterogénea contradicción. En efecto, una resignación de las múltiples culturas y travesías que lo cruzan puede permitir entender ese desdibujamiento/redibujamiento propio, que recicla vergüenzas, estereotipos y búsquedas. Esa brújula que es a la vez ancla, sea quizá donde el viaje vallejano encuentre un necesario sentido para entender las migraciones y sus vestigios de modo más amplio, interseccional y crítico, a sabiendas de la inexistencia de un viaje que sea del todo cómodo ni escritura que pueda romper con ese lugar de origen al que de algún modo siempre se vuelve.

BIBLIOGRAFÍA

- Amorós, Celia. (2004). Filosofía y sujetos emergentes en la era de la globalización. En Birulés, Fina & Peña, Isabel. *Passió per la llibertat. A passion for freedom*. (pp. 63-77). Barcelona: Universidad de Barcelona.
- Bataille, Georges. (2010). *El erotismo*. Barcelona: Tusquets.
- Braidotti, Rosi. (1994). *Nomadic Subjects. Embodiment and Sexual difference in Contemporary Feminist Theory*. Cambridge: Columbia University Press.
- Calafell Obiol, Mireia. (2011). Escribir el desarraigo: la alteridad encarnada. En Acedo, Noemí y Falconí, Diego (eds.). *El cuerpo del signifiante: la literatura contemporánea desde las teorías corporales*. (pp. 275-284). Barcelona: EdiUOC.
- Camacho, Gloria y Hernández, Katia (eds.). (2009) *Miradas Transnacionales. Visiones de la migración ecuatoriana desde España y Ecuador*. Quito: Hojas y Signos.
- Clifford, James. (1997). *Routes: Travel and Translation in the Late Twentieth Century*. Harvard: Harvard University Press.

- Cornejo Polar, Antonio. (1995). La literatura hispanoamericana del siglo XIX: continuidad y ruptura. (Hipótesis a partir del caso andino). En González, Beatriz, *et. al. Esplendores y miserias del siglo XIX*. (pp. 63-77). Caracas: Monte Ávila.
- (1996). Una heterogeneidad no dialéctica: Sujeto y discurso migrantes en el Perú moderno. *Revista Iberoamericana*. LXII, 176-177, julio-diciembre, pp. 837-844.
- Cortés, José Miguel. (2009). *Cuerpo, deseos y ciudades*. Barcelona: EdiUOC.
- D’Emilio, John. (1992). *Making Trouble. Essays on Gay History, Politics, and the University*. New York: Routledge.
- Doka, Keneth. (1997). *Aids, Fear, and Society. Challenging the Dreaded Diseases*. USA: Taylor & Francis.
- Falconí, Trávez, Diego. (2014) “Estudio introductorio”. En Falconí, Diego (ed.). “*Me fui a volver*”. *Narrativas, autorías y lecturas teorizadas de las migraciones ecuatorianas*. (pp. 7-29). Quito: Corporación Editora Nacional.
- González Gil, Adriana (ed). (2009). *Lugares, procesos y migrantes: aspectos de la migración colombiana*. Bruselas: Peter Lang.
- Herrera, Gioconda, *et. al.* (2005). *La migración ecuatoriana: transnacionalismo, redes e identidades*. Quito: FLACSO.
- Lemebel, Pedro. (2000). *Loco afán. Crónicas del sidario*. Barcelona: Anagrama.
- Mezzandra, Sandro. (2012). Capitalismo, migraciones y luchas sociales La mirada de la autonomía. Nueva sociedad, 237, pp. 159-178.
- Mignolo, Walter. (2005). *La idea de América Latina. La Herida colonial y la opción poscolonial*. Barcelona, Gedisa.
- Ochoa, Marcia. (2004). Ciudadanía perversa: divas, marginación y participación en la “localización”. En Mato, Daniel (coord.). *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización*. (pp. 239-256). Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Orellana, Gilda. (2014). Somos lo que nadie te contó. En Falconí Trávez, Diego (ed.). “*Me fui a volver*”. *Narrativas, autorías y lecturas teorizadas de las migraciones ecuatorianas*. (pp. 43-59). Quito: Corporación Editora Nacional.
- Paerregaard, Karsten. (2010). *Peruvians Dispersed: A Global Ethnography of Migration*. Lanham, MD: Lexington Books.

Papadopoulos, Dimitris y Tsian, Vassilis. (2007). The Autonomy of Migration: The Animals of Undocumented Mobility. En Hickey-Moody, Anna y Malin, Peta (eds.). *Deleuzian Encounters. Studies in Contemporary Social Issues*. (pp. 223-272). London: Palgrave Macmillan.

Trigo, Abril. (2003). *Memorias migrantes: testimonios y ensayos sobre la diáspora uruguaya*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo.

Vallejo, Fernando. (2004). *Los caminos a Roma*. Bogotá: Alfaguara

— (2007), *Años de indulgencia*. México: Alfaguara.

Vázquez del Águila, Ernesto. (2014). *Being a Man in a Transnational World: The Masculinity and Sexuality of Migration*. New York: Routledge.

Viteri, María Amelia. (2008). “Queer no me da”: traduciendo fronteras sexuales y raciales en San Salvador y Washington D.C. En Araujo, Kathya y Prieto, Mercedes (eds.). *Estudios sobre sexualidades en América Latina*. (pp. 99-105). Quito, FLACSO.